



DESPUÉS

CRIATURAS: ya es hora de acostarse—dijo la condesa.

Los tres, las niñas y el niño, se levantaron para dar á su abuelita un beso y las buenas noches.

Y se acercaron después al señor cura, que había comido en la casona, como todos los jueves.

El padre Maudit sentó sobre sus rodillas á los tres, y envolviéndolos entre sus brazos negros y acariciadores, los besó en la frente con extremada ternura.

Cuando ya se habían ido las criaturas, la condesa preguntó al sacerdote:

—¿Le gustan mucho los niños?

—Mucho, señora.

La noble anciana fijó en él sus ojos claros.

—Y... ¿nunca le ha pesado la soledad á que le obliga el sacerdocio?

—Algunas veces.

Hubo un silencio; después el sacerdote prosiguió:

—Pero, yo no había nacido para la vida ordinaria.

—¿Por qué lo supone?

—Lo sé de seguro: nací para cura.

La condesa le miraba y le oía con mucha curiosidad.

—Cuénteme, cuénteme de qué modo se decidió á prescindir de todo lo que alegra la vida, todo lo que nos consuela y nos fortalece. ¿Qué influencia le hizo renunciar á los goces naturales del matrimonio y de la familia? Usted no es un exaltado, ni un fanático; no es huraño ni sombrío. ¿Qué suceso imprevisto, qué desencanto le decidió á pronunciar los votos?

El padre Maudit se acercó más al fuego, tendiendo hacia las llamas los zapatones campesinos. Callaba, dudando entre responder francamente y dar otro giro á la conversación.

Era un anciano fornido, con todo el pelo blanco.



Los aldeanos le respetaban y le querían; su bondad hizo muchos prosélitos. Conciliador, afable, risueño y generoso, era la providencia y la esperanza de los pobres. Como San Martín, hubiera partido en dos el manto, para dar abrigo al desnudo. Reía y lloraba por cualquier cosa, como una mujer; este sentimentalismo era el único defecto de un hombre obligado á tratar con rudos labriegos.

La condesa de Saville, retirada en su casona para criar fuertes á sus nietos—después de la muerte de su hijo y de su nuera, en la flor de su edad—, esti-

maba mucho al sacerdote, *juzgándole un hermoso corazón.*

Los jueves pasaba el cura la velada con la señora y compartían una franca y noble amistad, entendiéndose con medias palabras, adivinándose muchas veces los pensamientos, porque los dos eran bondadosos y sencillos.

La condesa insistió:

—Confiésemelo usted, señor cura.

El sacerdote repetía:

—Yo no había nacido para vivir como todos viven. Lo comprendí á tiempo, afortunadamente; y, con frecuencia, he comprobado qué mi presentimiento me salvó.

»Mis padres, tenderos en Verdiere y bastante ricos, pusieron toda su ambición en mi porvenir. Muy niño, me llevaron á un colegio. No todo el mundo sabe lo que puede padecer una criatura en un colegio, sólo por la separación y el aislamiento. Esa vida uniforme y severa, es muy conveniente á unos y detestable para otros. Los niños tienen á veces un corazón muy sensible, y aislándolos de sus afectos, la excesiva sensibilidad, exaltándose, puede serles perjudicial y enfermiza.

»Yo apenas jugaba: sin amigos, pasaba horas y horas, ansiando volver á mi casa; lloraba siempre al acostarme, y me fatigaba la imaginación recordando sucesos de mi familia, pequeñeces que me acercaban al hogar. Todo lo que había dejado allí ocupaba un lugar en mi memoria. Y poco á poco fuí exaltándome, hasta el punto de que las menores contrariedades eran para mí horribles disgustos.

»Me hice taciturno, callado; no tenía intimidad ni expansión alguna. Mi desquiciamiento mental se producía sorda y continuamente. Los nervios de los niños pronto se desbaratan; sería necesario hacerlos vivir en una imperturbable tranquilidad hasta su desarrollo casi completo. Pero ¿quién supone siquiera que para ciertos colegiales un castigo injusto puede ser un dolor tan grande como lo sería con el tiempo una verdadera desgracia? ¿Quién repara que ciertos niños reciben con el más insignificante suceso emociones terribles que debilitan y enferman sus almas en breve plazo?

»Esto me sucedió: las añoranzas me devoraron y mi existencia fué un martirio.

»No se lo dije á nadie; no quise decir nada; pero mi sensibilidad fué poco á poco excitándose hasta

el extremo de parecer mi corazón una llaga viva, todo le producía estremecimientos dolorosos, vibraciones terribles, y por consecuencia verdaderos estragos. ¡Felices aquellos hombres que viven acorazados en la indiferencia y armados con el estoicismo.

»Cumplí diez y seis años. Mi propensión al sufrimiento había determinado en mí una excesiva timidez. Me sentía siempre blanco de todos los ataques del azar ó de la fortuna; cualquier cosa me hacía temblar. Vivía siempre alerta, sintiendo la constante amenaza de una desdicha desconocida y esperada; no me atrevía delante de gente á decir ni hacer ninguna cosa.

»Me abrumaba la sensación real de que la vida es una incesante batalla, una lucha espantosa en la cual se reciben golpes tremendos, heridas horribles y mortales. En vez de alentar, como todos los hombres, una esperanza en el porvenir, incubaba un temor confuso y sentía deseos de ocultarme, renunciando á un combate donde mi derrota y mi aniquilamiento eran inevitables.

»Al acabar el bachillerato, me dijeron que meditará, y eligiese una carrera durante las vacaciones.

Un suceso muy sencillo me descubrió la dolencia de mi alma, y comprendí cuál era la misión de un hombre como yo: el único medio seguro para librarme del peligro que me amenazaba.

»Verdiers es un pueblo rodeado de sembrados y de bosques. En la calle central hallábase la casa de mis padres. Yo pasaba los días lejos de aquel hogar, en el que se cifraban todos mis deseos y todos los delirios de mi vida estudiantil. Paseaba por el campo, siempre solo, siempre al aire libre, para que volaran y se desvanecieran mis imaginaciones.

»Mis padres, entretenidos en su comercio, ilusionados con mi porvenir, sólo me hablaban de sus negocios y de sus proyectos y esperanzas. Era el suyo un cariño de personas prácticas; me querían más por convicción que por sentimiento. Yo me amurallaba entre mis preocupaciones, acobardado, estremecido por mi eterna inquietud.

»Una tarde, mientras regresaba precipitadamente después de una larga caminata, y deseando llegar á la hora de costumbre, vi que un perrito corría escapado hacia mí. Era una especie de sabueso rojo, flaco y con largas orejas, rozadas.

»Alcanzándome, se detuvo; yo también al verle parado; y moviendo la cola se aproximaba temeroso, agazapado, meciendo humildemente la cabeza. Le llamé, y se acercó, arrastrando la barriga, tan desolado, tan suplicante, que me hizo llorar. Avancé, retrocedió huyendo; volví á llamarle y él á darme pruebas de humildad, asustado y triste. Al fin se puso á mi alcance y lo acaricié.

»Mi contacto le animó, fué irguiéndose, me puso las manos encima y me lamió la cara. Ya no se apartó de mí.

»Aquel animal me inspiró una ternura muy grande, porque me demostraba un cariño profundo. Mi afecto era exagerado y ridículo. Llegué á imaginar que mi perro y yo éramos dos hermanos perdidos en la tierra, distanciados y diferentes de todo el mundo, sin más defensa que la que recíprocamente pudiéramos prestarnos. No se apartaba nunca de mí; dormía junto á mi lecho, yo le daba de comer bajo la mesa del comedor, á pesar de que á mis padres no les parecía bien, y me acompañaba en todos mis paseos solitarios.

»Muchas veces me paraba, sentándome sobre la hierba. Entonces mi perro, agazapándose junto á

mí, hociqueaba en mi mano para que le acariciase.

»A fines de Junio, una tarde, vimos venir la diligencia de Raveseau, al galope de sus cuatro caballos, con su caja roja y amarilla y su montera de cuero en la imperial. Estábamos en la carretera. El mayoral hacía crujir la tralla y el pesado vehículo avanzaba entre nubes de polvo.

»Cuando estuvo muy cerca, el perro, atolondrado sin duda por el ruido, y tal vez creyendo que podían atropellarme, se puso delante de mí con tanta desgracia, que la pata de un caballo le hizo rodar por el suelo. Tres veces le vi levantarse y caer; luego le pasaron por encima dos ruedas. Vi en el polvo una cosa horrible, agitándose todavía. Estaba casi partido por mitad; su vientre desgarrado sangraba. Hizo esfuerzos inútiles para levantarse. Con sus manos aún escarbaba la tierra; pero no podía sostenerse; de medio cuerpo abajo estaba inmóvil. Aullaba enloquecido por el dolor.

»Murió á los pocos minutos. No puedo expresar lo que sentí entonces; cómo ha quebrantado mi espíritu aquella desgracia. Estuve más de un mes en mi cuarto, solo, sin hablar á nadie.

»Hasta que un día, furioso mi padre al verme tan

apesadumbrado por un motivo que juzgaba fútil, exclamó:

»—Si te desconsuelas por tan poco, dime qué harás cuando tengas verdaderos disgustos, cuando se te mueran la mujer ó los hijos.

»Quedaron esculpidas en mi pobre imaginación estas palabras: *qué harás cuando tengas verdaderos disgustos, cuando se te mueran la mujer ó los hijos.*

»Y empecé á ver claro dentro de mí, comprendiendo la causa por la cual todos los contratiempos insignificantes á mis ojos adquirirían importancia de terribles descalabros: noté que mi organismo estaba predispuesto á toda clase de amarguras, agigantando con mi enfermiza sensibilidad todas las impresiones dolorosas, y me sobrecogió un espanto invencible. Sin pasiones y sin ambiciones, me decidí á sacrificar los goces posibles, evitando sufrimientos próximos. La existencia es corta; resolví consagrarla por completo al servicio del prójimo, á consolar sus penas y alegrarme con sus dichas. Pensaba yo: que no recibiendo éstas ni aquéllas directamente, serían más tolerables mis emociones.

»Aun así, ¡de qué modo me torturan y me con-

mueven las miserias! Pero lo que hubiera sido en otras circunstancias un sufrimiento intolerable, se ha transformado en conmiseración y piedad.

»Las amarguras que á cada instante deploro en los demás, cayendo sobre mi corazón directamente, me hubiera sido imposible soportarlas. Viendo morir á un hijo me hubiera muerto. Y, á pesar de todo, conservo tal horror obscuro y penetrante, que todo me intimida; cada vez que oigo al cartero, el corazón me da una sacudida, y no es posible que una carta me ofrezca jamás una tristeza. ¿De dónde ni de quién?»

El padre Maudit calló. Miraba el fuego de la chimenea, como si descubriese algo misterioso en el estremecimiento de las llamas, una evocación de toda la existencia desconocida que pudo gozar si no le desalentara el temor al sufrimiento. Después balbuceó:

—Estoy seguro de que hice bien, sí. No había nacido para el mundo.

La condesa le miraba en silencio; al fin dijo:

—Si no me quedaran los nietos, me faltaría valor para sufrir esta vida.

Y el cura se levantó sin hacer ningún comentario.

Por no molestar á los criados, que se habían dormido en la cocina, la condesa le acompañó hasta la puerta, viéndole atravesar el jardín: la sombra del sacerdote iba hundiéndose, hasta borrarse por completo entre las sombras de la noche.

Luego volvió á sentarse junto á la chimenea, pensando en muchas cosas que nunca se piensan durante la juventud.



LA CONFESIÓN

(Dibujos de Jeannot.)

EL sol del medio día cae en amplia lluvia sobre las praderas, que se extienden, ondulantes, entre los bosquecillos de las granjas y los diversos sembrados; los centenos maduros y los trigos amarillentos; las avenas, de un verde claro, y los tréboles, de un verde sombrío, cubren, con una gran colcha rayada, inquieta y suave, el desnudo vientre de la tierra.

Lejos, en la cima de una ondulación, alineadas como soldados, una interminable fila de vacas, las unas tendidas, en pie las otras, guiñando sus ojos bajo la ardiente luz, arrancan y desmenuzan con los dientes el trébol de un montón tan vasto como un lago.

Y dos mujeres, madre é hija, avanzan, balan-